

KEYNES Y EL PODER DE LAS IDEAS: 50 AÑOS DE LA TEORÍA GENERAL

FEDERICO NOVELO U.*

El año de 1986 será un año que, en lo económico, habrá de interrumpir el ciclo de incertidumbre que ha caracterizado a la etapa reciente; sólo almas extremadamente sensibles a la fantasía podrán abrigar dudas respecto a la seriedad, magnitud y profundidad de los problemas que en el transcurso del año habrán de presentarse a escala mundial, con los efectos más desfavorables para el subdesarrollo. Tasas insignificantes, e incluso negativas, de crecimiento del producto, mayor desempleo, reducciones considerables en el salario real y en la remuneración a asalariados en el ingreso nacional, mayor inflación, caída de los precios de las exportaciones no industriales y, por si fuera poco, la consolidación de la novedosa tarea de las economías subdesarrolladas que, por efecto de su endeudamiento externo y de las medidas con que se afronta, continuarán exportando capital, el ingrediente de la producción más escaso en tales economías. El año al que se ingresa bien pudiera recibirnos, como los infiernos del Dante, con la prudente recomendación de abandonar toda esperanza. 1986 será, también, el año en que se conmemora el quincuagésimo aniversario de la primera edición de la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, la obra más influyente del economista que más lo ha sido en el presente siglo, J. Maynard Keynes.

Conmemorar, hoy, dicha obra, actualizando los postulados keynesianos quizás constituya el acto más relevante de resistencia académica,

* El autor es profesor e investigador del Departamento de Producción Económica de la Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.

social y política, frente a un orden de cosas dominado por una teoría y una práctica económicas en las que la libertad de comercio, la inhibición de la gestión económica del Estado y la preocupación central por los aspectos nominales (monetarios y financieros) del sistema económico, pasan por encima de la búsqueda del mayor bienestar con la mayor cobertura social.¹ Esta resistencia deberá oponerse a las ideas económicas dominantes en virtud de que, ni individualmente, ni en conjunto, de sus postulados se derivan soluciones a los problemas que, hoy, afronta la humanidad.

Keynes hace su aparición en la historia del pensamiento económico con la elaboración, en 1919, de una crítica inteligente, profundamente irónica y, por ambas cosas, considerablemente seria a los sentimientos vengativos con los que Francia e Inglaterra establecen obligaciones para la Alemania derrotada en la primera guerra mundial. *Las consecuencias de la paz* es un texto en el que se advierten con crudeza los efectos que, para las economías europeas, habría de generar la prostración alemana como resultado de lo que llamó una paz cartaginesa, recordando las insufribles condiciones que, tras la derrota de Aníbal, impuso el imperio romano a su contendiente africano.

Cuando las emociones humanas están dominadas por el temor y la venganza, la ecuanimidad y la inteligencia son excluidas. Keynes reseñó, de manera implacable, cómo se dio tal exclusión en el tratado de Versalles. El resultado de la redacción de las *Consecuencias*, fue su separación, durante un largo periodo, de los cargos públicos con lo que el gobierno británico perdió a un funcionario brillante y la ciencia económica ganó a un extraordinario y rebelde teórico.

En 1930 se pone en circulación *El Tratado sobre el dinero*, una elaboración de Keynes poco difundida y que, en su opinión, se recupera en lo sustantivo, dentro de la *Teoría general*, editada 16 años después. Frente a la rebeldía crecientemente manifiesta de Keynes hacia los postulados de la economía clásica (dentro de tal acepción él incluía a los neoclásicos marginalistas),² recibió insistentes recomendaciones para adentrarse en el conocimiento de "*El Capital*, la obra más importante de Carlos Marx sin que, en apariencia, prestara la menor atención a tales sugerencias. Por el contrario, en 1935, anuncia la termi-

¹ Cfr. Sacristán Colás, A. *Keynes ante la crisis mundial de los años ochenta*, Siglo XXI, Editores, México, 1985, p. 11.

² Keynes, John M. *Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero*, FCE, México, 1958, p. 17.

nación de una obra que "...revolucionaría en gran manera... el modo de pensar del mundo sobre los problemas económicos".³

En opinión de J. K. Galbraith el anuncio fue desproporcionado, ya que tal obra (*La Teoría general*), además de confusa y desordenada, era prácticamente ilegible.⁴ Hoy, tal juicio parece, también, desproporcionado. Resulta curioso que un seguidor de Keynes encuentre semejantes defectos en una obra que a los críticos del mismo Keynes les parece el mejor de los textos de la escuela marshalliana,⁵ al menos en lo referente a su estructura, con lo que se quiere decir algo muy cercano a la claridad, al orden y a la mejor redacción.

El mundo ideal de la economía clásica, que había transitado de la organización de la producción para incrementar la riqueza de las naciones, con el inapreciable apoyo de la mano invisible que convierte al egoísmo individual en bienestar colectivo de Smith, hacia la incorporación del valor trabajo, la determinación de la distribución de la riqueza (con énfasis en la miseria obrera) y la lucha contra los terratenientes, en David Ricardo,⁶ adolecía de algunos defectos para ser aplicado a la realidad.

Keynes plantea, como Malthus, que la aseveración ampliamente difundida como La Ley de Say,⁷ en la que la oferta determina a su propia demanda, con excesiva frecuencia es ajena a la realidad; asimismo, considera que la ocupación plena, ni es una situación frecuente en el sistema capitalista, ni es, tampoco, una condición necesaria para el equilibrio entre los gastos en consumo e inversión y el precio la oferta global, y entre el ahorro y la inversión ($S = I$); por último, aunque de la mayor importancia, afirma que en el sistema existe, además de la desocupación voluntaria y la friccional (derivada del tránsito entre empleos), una importante desocupación involuntaria que no puede ser analizada por la economía clásica, ya que lo más parecido a una teoría de la ocupación en dicho cuerpo teórico está representado por las pobres razones del profesor Pigou.⁸

³ R. F. Harrod, "The life of John Maynard Keynes, carta a G. Bernard Shaw, citada por J. K. Galbraith en *El Dinero*, Orbis, España, 1983, p. 255.

⁴ *Ibid.*, p. 257, y del mismo autor, *La era de la incertidumbre*, Plaza y Janés, España, 1984, p. 213.

⁵ Zweig, Ferdinand, *El pensamiento económico y su perspectiva histórica*, México, FCE, 1961, pp. 91-98.

⁶ Cfr. Napoleoni, C., *Fisiocracia, Smith, Ricardo, Marx*. Oikos-tau ediciones, España, 1981, caps. III y IV.

⁷ Keynes, *op. cit.*, p. 31.

⁸ *Ibid.*, pp. 261-268.

El texto fue estructurado por Keynes, partiendo de un libro introductorio donde, después de analizar los postulados de la economía clásica referidos a los salarios y la ocupación, se adentra en un principio de gran relevancia para las aportaciones globales, como es el de la demanda efectiva. Posteriormente se destina un segundo libro a precisar las unidades empleadas por Keynes, a lo largo de la *Teoría General*, unidad de trabajo y unidad de salario correspondiente, costo de uso, papel de la incertidumbre y la previsión en la determinación de la producción y la ocupación y las definiciones acerca de los ingresos, el ahorro y la inversión.

Aclarado lo anterior, el libro tercero se destina a lo que posteriormente se ha conocido como la función consumo. Sus componentes son: los factores objetivos de la propensión a consumir; los factores subjetivos de dicha propensión, y la propensión adicional (marginal) a consumir y el multiplicador. La fuerza de las ideas keynesianas empieza a mostrarse en este tercer libro que es una lúcida continuación del análisis de la demanda efectiva, realizado en el libro primero y constituye, hasta la fecha, uno de los más debatidos temas de la teoría económica. El planteamiento se desarrolla de la manera siguiente:

El consumo es una función del ingreso $C = F(Y)$, y la propensión a consumir es la relación entre consumo e ingreso, $\frac{C}{Y}$; la propensión marginal a consumir es la variación en el consumo, derivada de la variación en el ingreso $\frac{\Delta C}{\Delta Y}$; esta relación es fundamental en el análisis keynesiano, a la luz de dos consideraciones a saber: su carácter

dinámico [un ingreso en crecimiento reducirá la propensión marginal, favoreciendo el incremento de la parte del ingreso destinada al ahorro (S)], y su función en la determinación del multiplicador, (K) que relaciona a la inversión (I) con la variación en el ingreso, $Y = KI$. Dicho de otra forma, la inversión incrementará la ocupación y, con ella, el ingreso hasta el punto que la propensión marginal al consumo lo determine y, en relación con el equilibrio; hasta donde la inversión inicial se iguale con el ahorro derivado de variaciones en el ingreso.

Dos cuestiones importa destacar de este planteamiento: *a*) La economía recibirá un mayor aliento para expandirse, cuanto mayor sea el consumo, y *b*) Las relaciones de causalidad que permiten el equilibrio entre inversión y ahorro, se originan en la primera, afectando al

empleo y al ingreso y finalizan en la determinación del ahorro.

Ambas cuestiones modifican los términos con los que el pensamiento clásico aborda la situación económica; ni la prudente abstinencia, ni la determinación de la inversión por los fondos ahorrados [$I = F(S)$], son aplicables a la realidad, o convenientes para el crecimiento.

Es lógico, por lo anterior, que el texto continúe con el análisis de los incentivos para la inversión. En este punto Keynes, coincidiendo con Marx, asume que una parte sustantiva en la crisis del sistema económico está ligada a las dificultades de realización de las mercancías⁹ y, sobre esta base, recupera un concepto que, aun no siendo de su propio cuño, alcanza en la teoría keynesiana su más amplia difusión, aun cuando no su más completo esclarecimiento; dicho concepto es el de la eficiencia marginal de capital (r) que representa una tasa de descuento que, en el tiempo, iguala a los beneficios esperados (producción realizable por precios corrientes), con el precio de oferta (costo de reposición) de los bienes de capital que hagan posible dicha producción. Así tenemos que:

$$P.O. = \frac{B.E.}{(1+r)^n}$$

donde:

$P.O.$: es el costo de reposición de los bienes de capital; $B.E.$: es la producción realizable en el mercado a precios corrientes; r : es la tasa de descuento que iguala a $P.O.$ con $B.E.$; es decir, la eficiencia marginal de capital, y n : es el número de años, o de plazos de capitalización, correspondientes a la vida útil del bien de capital en cuestión.

De acuerdo con lo anterior, una rama de inversión con alta rentabilidad (r), por efecto del incremento de capitales atraídos por dicha circunstancia, verá reducidos los beneficios esperados e incrementado el precio de oferta, con lo que disminuirá la eficiencia marginal de capital. En opinión de Keynes, tal efecto se presenta con extraordinaria frecuencia por lo que él denominó "el espíritu animal de los empresarios".

⁹ Napoleoni, *op. cit.*, p. 15.

La inversión será alentada por el hecho de que la eficiencia marginal de capital (r) supere a la tasa de interés; el sistema económico no crecerá, ni se contraerá, mientras r e i se mantengan en equilibrio, y habrá desinversión cuando la eficiencia marginal de capital se coloque por debajo de la tasa de interés. Por ello es que, en una relación inversa, la tasa de interés está considerada como un incentivo a la inversión.

Según el pensamiento clásico, el interés es el beneficio que se obtiene por posponer el consumo. Para Keynes es claro que los individuos encuentran motivos para preferir el dinero líquido, ya sea para transacción, para proveer el futuro o para especulación y que la tasa de interés es un premio por renunciar a esa preferencia.

Entre más fuertes sean los motivos de preferencia por la liquidez, a una oferta monetaria (M) rígida, la tasa de interés recibirá presiones al alza: Hoy resulta claro que las más perniciosas y eficaces presiones provienen del mundo de la especulación. Así fue en la gran depresión de 1929¹⁰ y así es en la actualidad.

En el mundo del liberalismo, sin intervención del Estado, la lectura que el inversionista pueda hacer de lo que el futuro traerá consigo está permeada por un alto grado de incertidumbre, que hace descansar buena parte de las decisiones empresariales en elementos de carácter subjetivo. Keynes los llamó psicológicos.

La eficiencia marginal de capital de cualquier mercancía tiende a la baja, en virtud de que, todas las que son susceptibles de producción privada, tienen una alta elasticidad-producto (la posibilidad de producirlas cuando son demandadas) y todas tienen una alta elasticidad-sustitución (producir o usar un sucedáneo cuando suben los costos o escasean las materias primas). Por que el dinero no tiene esas elasticidades (no se le puede producir lícitamente de manera privada y no se puede sustituir como equivalente general), resulta que la tasa de interés es mucho más resistente a la baja siempre que, como lo aconseja la ortodoxia del pensamiento clásico, la oferta monetaria sea rígida.

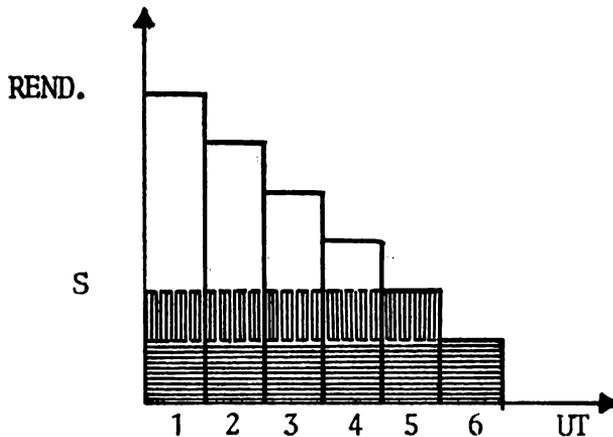
Deben destacarse las razones por las que, según Keynes, la tasa de interés es monetaria, tres elementos se convierten en los necesarios para juzgar al bien que pueda colocarse como equivalente general, y son: el rendimiento (entendido como valor de uso), la prima de liqui-

¹⁰ Galbraith, J. K., *El crack de 1929*, Ed. Ariel, España, 1976, p. 159 y ss.

dez (que se refiere al grado de convertibilidad en otros bienes) y el costo de almacenamiento. Resulta lógico concluir que ninguna mercancía tendrá una mayor prima de liquidez, y un menor costo de almacenamiento que el dinero y derivar esa conclusión a la que hace de él mismo, el equivalente general.

El sueño de las teorías clásica y neoclásica y, más específicamente, del monetarismo es el relativo a la flexibilidad de los salarios nominales y de los precios, fundamentalmente hacia la baja. Según su lógica, tal flexibilidad hace posibles los ajustes a las perturbaciones que —siempre— ocasiona la demanda agregada y, de acuerdo con la ley de los rendimientos decrecientes, es el mejor camino para incrementar la ocupación.

La igualdad salario=producto marginal, es la base del razonamiento, toda vez que se asume que los rendimientos decrecen por la incorporación de nuevas unidades de trabajo.



El salario será igual al producto que adiciona la última unidad de trabajo (la quinta en la gráfica) y la posibilidad de incrementar la ocupación, a una sexta unidad exige la reducción del salario nominal, con el consecuente incremento de la desigualdad, en la distribución de la riqueza. El razonamiento se apoya en considerar, nuevamente, rígida a la oferta monetaria; es decir, lo que se enfrenta es la flexibilidad del salario nominal *versus* la rigidez de la oferta de dinero. En opinión de Keynes, sólo en dos circunstancias deben ser bajos los salarios nomina-

les: en relación al exterior, con lo cual las exportaciones serían más competitivas; y en relación al futuro, con lo que la inversión en el presente crecería. El planteamiento de las teorías clásica y neoclásica es falaz e ilustra las dificultades que encierra el pretender validar postulados microeconómicos en el terreno de la macroeconomía. Por lo demás, un resultado previsible es la caída del ingreso y, consecuentemente, del consumo. Keynes propone invertir los términos haciendo flexible a la oferta monetaria, y rígidos, a la baja, a los salarios nominales; en su opinión, los efectos favorables de la propuesta que impugna se alcanzan, todos, con la alternativa que presenta, además de no generar conflictos sociales; los trabajadores aceptan reducciones de su ingreso real, por efecto de la inflación, pero el sentimiento arraigado de la ilusión del dinero, los convierte en opositores decididos a la reducción del salario en términos nominales. Son más frecuentes los paros por incremento del salario nominal que por la pulverización del ingreso real, que origina la inflación.

El análisis desagregado de los componentes del sistema económico, se integra en el capítulo 18 de la *Teoría General*, con la determinación de las variables independientes de dicho sistema, que son:

1. La propensión marginal a consumir (c);
2. La eficiencia marginal de capital (r), y
3. La tasa de interés (i).

Estas habrán de determinar a las variables dependientes, a saber:

1. El volumen de inversión (I)
2. El volumen de ocupación (N), y
3. El nivel de ingreso (Y)

El sustento teórico de los postulados clásicos y neoclásicos es el enunciado de la llamada "teoría cuantitativa del dinero", cuyo planteamiento es el siguiente:

En situación de desempleo, todo incremento en la oferta monetaria se traducirá en un incremento de la ocupación y alcanzado el pleno empleo, todo incremento de la oferta monetaria se traducirá en un incremento de los precios. Como el equilibrio que concibe este cuerpo teórico exige la ocupación plena, los incrementos en la oferta monetaria sólo producirán inflación. De ahí la afirmación de Milton Friedman

en el sentido de que siempre, y en cualquier momento, la inflación es un problema monetario.¹¹

Keynes encuentra serias complicaciones en la aplicación de la teoría cuantitativa del dinero. Las más importantes son:

1. No todo incremento de la oferta monetaria lo es de la demanda efectiva. Hay un uso especulativo del dinero que el pensamiento clásico y neoclásico desconocen, aunque su recetario lo alienta;

2. La heterogeneidad de los recursos, plantea la desigualdad en el rendimiento que generan y en el pago que perciben;

3. Como los recursos no son intercambiables, el incremento en la demanda efectiva puede enfrentarse a la inelasticidad de la oferta (Z) $\frac{\Delta Z}{\Delta D_c} < 1$, con lo que la demanda incrementada repercutirá sólo en los precios, antes de alcanzar el pleno empleo;

4. Siendo reducida la oferta de mano de obra, por efecto del incremento en la ocupación, se dará un incremento de la unidad de salario, previa a la ocupación plena;

5. Los recursos que intervienen en el costo marginal pueden variar en proporciones diversas.

En síntesis, la complicación más seria que enfrenta la teoría cuantitativa del dinero, consiste en que la inflación antecede al pleno empleo.

En el análisis del ciclo económico, la crisis y el auge del sistema, Keynes lo concibe como el resultado de fluctuaciones en la eficiencia marginal de capital, que se deben a las siguientes razones:

1) Excesos de optimismo y pesimismo en el comportamiento de los empresarios para el cálculo de r ;

2) El subconsumo de la sociedad, derivado de la concentración del ingreso en las capas sociales con más baja propensión marginal al consumo, (c);

3) La velocidad con que se saturan las ramas, cuya eficiencia marginal de capital (r) supera a la tasa de interés (i), por efecto de la libertad que tienen los empresarios para colocar el capital;

¹¹ Friedman M, et al., *El marco monetario de Milton Friedman, Un debate con sus críticos*, Premiá Editora, México, 1979, p. 139.

4) Por el incremento del precio de oferta de los bienes de capital, derivado de la mayor demanda de los mismos, y

5) Por la ausencia de la gestión económica del Estado, cuyas particularidades se analizarán más adelante.

En opinión de lo que Keynes calificó el pensamiento clásico (véase nota 2), el ciclo económico se origina por un problema de sobreinversión y la solución que desde dicho pensamiento se propone, consiste en la elevación de la tasa de interés, en el camino hacia el auge. Keynes plantea que tal caracterización es equivocada y que, lejos de haber sobreinversión —que significaría que las alacenas de todos los miembros de la sociedad estuvieran llenas— lo que se tiene es un problema de subconsumo, sobre la elevación de la tasa de interés, propuesta por los clásicos, considera que equivale a la erradicación de una enfermedad por la vía de matar al paciente, ya que con dicho “remedio”, las ramas de inversión rentables se reducirían y su paso del auge a la depresión se aceleraría.

De todo el análisis contenido en la *Teoría General*, Keynes concluye con la afirmación de la necesaria participación del Estado en la escena económica, actuando sobre las variables independientes del sistema, de la manera siguiente:

1) Respecto a la propensión marginal al consumo, se propone una política fiscal de gasto público que incremente la ocupación, el ingreso y el consumo, así como una política de distribución del ingreso que haga fluir la riqueza de las capas menos consumidoras (o de consumo imprevisible, vrg. los herederos), hacia los desempleados, con la mediación estatal de la inversión;

2) En relación con la eficiencia marginal del capital (r), se considera que el aliento a la función consumo elevará los beneficios esperados y que la planeación y apertura de nuevos campos de inversión evitará la saturación de las ramas más rentables, al aplicarse ciertas restricciones a la movilidad de capitales;

3) Para el caso de la tasa de interés, Keynes propone la elevación de la oferta montaria que haga posible la socialización del dinero (el término es de Keynes), que consiste en facilitar el acceso al crédito por la vía de reducir la tasa de interés, misma que deberá colocarse, siempre, por debajo de la eficiencia marginal de capital. La política monetaria que propone Keynes, debería provocar la eutanasia del ren-

tista. Si viviera los tiempos actuales, le sorprendería la salud de que gozan los usureros, en todo el mundo.

Se afirma que la revolución keynesiana fue una revolución conservadora, toda vez que salvó al capitalismo. Así fue, aunque vale la pena agregar que, también, lo transformó, al proporcionarle un rostro más coherente y, lo principal, más justo. Por lo demás, la agonía capitalista de finales de los años veinte e inicios de los treinta, sobre la que, como exitosa terapia, se aplican las propuestas de Keynes, difícilmente abría las puertas al socialismo. El colapso económico propicia la organización revolucionaria, no la sustituye. Esto quedó demostrado en el caso de Alemania y el sustento social del nazismo.

A Keynes se le ha criticado, con razón, por que sus propuestas han servido para combatir la depresión y el desempleo, pero no son útiles para enfrentar a la inflación, e incluso, en buena medida, tienden a alentarla. Vale la pena decir, en descargo de Keynes, que, al tiempo que es cierto lo anterior, la inflación propiciada por las propuestas de Keynes, al iniciarse en el salario y en la distribución del ingreso, no originó el fenómeno de concentración de la riqueza, ni la miseria obrera que se origina en la inflación de ganancias y de costos financieros, a las que alienta la política de elevación de la tasa de interés, propuesta por los críticos de Keynes.

La conclusión de la era de Keynes, no sólo es vista con nostalgia por los economistas radicales del "Nuevo trato" rooseveltiano; lo es mucho más para los trabajadores, cuyo bienestar, derivado del empleo, es cada vez más incierto. También lo es para las más lúcidas mentes de los partidos socialistas, a quienes preocupa más el crecimiento, la ocupación y el consumo de cada vez más individuos, dentro de los propios marcos del orden capitalista. Con Keynes se demostró la viabilidad de tales propósitos.

La advertencia que, sobre Keynes, hace Schumpeter, relativa a que las recetas keynesianas se comportan como una planta vigorosa y de hermoso follaje en suelo inglés que, al trasladarse a otros sitios suele convertirse en venenosa, para luego marchitarse, puede aplicarse como amenaza cumplida, con dos modificaciones, a la teoría y las prácticas monetaristas que cada vez procuran una mayor autonomía del mundo financiero, respecto al productivo. Las modificaciones, casi es inútil decirlo, se refieren a que, ni en Inglaterra es frondosa la planta monetarista y a que, siendo congénitamente venosa, verla marchita es un sano deseo de los seres preocupados por un futuro con bienestar.